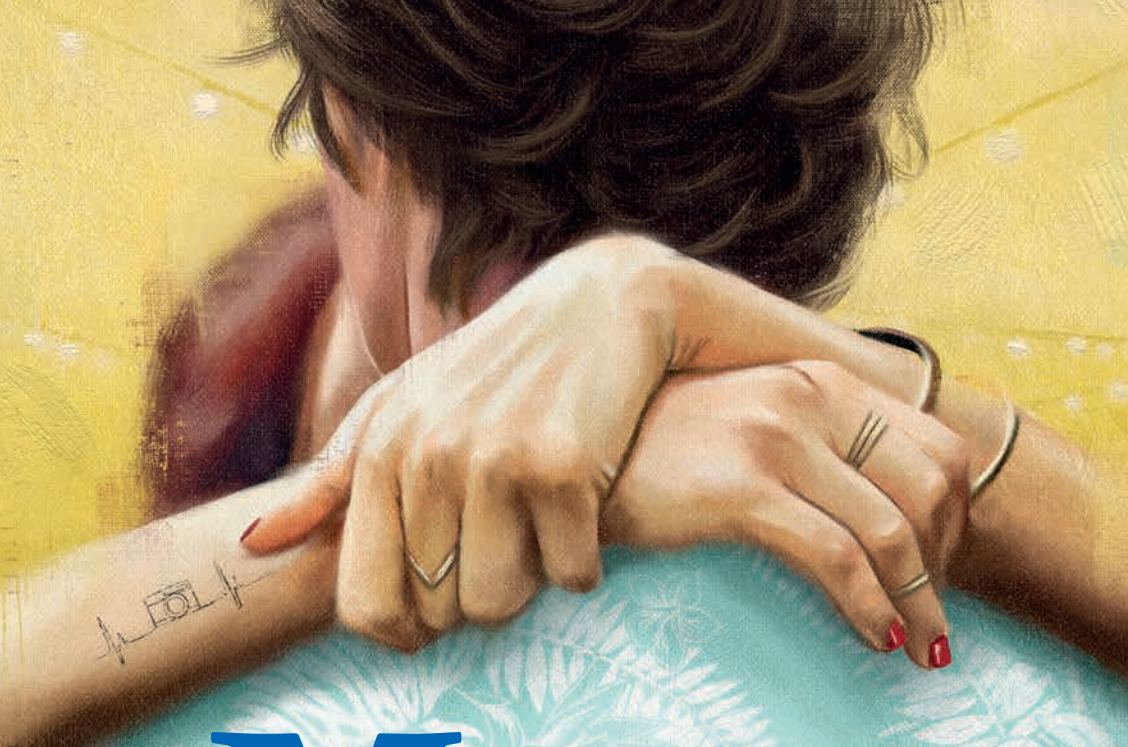


Mara, 22 canciones y un verano

EDURNE CADELO

NdeNovela

Edurne Cadelo

Mara, 22 canciones y un verano

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Edurne Cadelo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024
Depósito legal: B. 6.961-2024
ISBN: 978-84-10140-08-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España



1

PREPARADA

Mara

¿Cuándo hemos llegado a este punto? ¿Cuándo hemos caído en un abismo tan profundo? ¿Cuándo hemos dejado de lado la razón? No lo sé. Por más que lo intento, no le encuentro ningún sentido a lo que está pasando ahora en esta cama.

—Saúl, no estoy pre...

—Vamos, Marita, te tenía tantas ganas... —me corta sin dejar que termine la frase.

Estará cansado de escuchar la misma cantinela de los últimos meses. Esa que yo argumento y él ignora. Su táctica para seguir igual es obviar, guardar silencio y eludir. Nunca afrontar.

Ganas. Él a mí. No viceversa. Ahí está el matiz.

No sé, llámame loca. Aunque eso lo ha empezado a hacer él de un tiempo a esta parte. Pero es que, cuando me apetece mantener relaciones, tengo la sana costumbre de hacerlo despierta.

Podría besarlo. Darme la vuelta; ralentizarlo y mostrar interés. Mentiría. Mentiría porque hace tiempo que dejamos que el deseo languideciera. ¿Él? ¿Yo? Los dos. También podría detenerlo. Mandarlo parar. Levantarme y salir de esta habitación. Sin embargo, ¿qué hago? Nada. No hago nada. Me quedo aquí, metida en mi disfraz.

—Saúl, ¿qué...?

Otra estocada. Profunda. Punzante. Penosa. Cualquier cosa menos placentera. La postura tampoco ayuda. Él invadiéndome desde atrás. Sí, he usado ese verbo deliberadamente, porque estaba dormida, y ni tan siquiera ha tenido la decencia o la complacencia de estimularme antes de entrar. Ni una caricia. Ni un tanteo. Nada. Me sujeto a la almohada con ambas manos y cierro los ojos, aunque apenas los he abierto todavía. Otra más.

—Me voy, me voy...

No soy capaz de pensar. Así de desértica está mi imaginación estos últimos meses. Ni inspiración. Ni chispa. Ni simiente. Ni tan siquiera puedo situarme en otro lugar, en otros brazos, en otra mente. Es inútil buscar la manera de evadirme durante los segundos que faltan para que termine, que son pocos, lo sé, llámalo «veinticuatro años de experiencia».

—Saúl, ¿qué... qué hora es?

—Casi las siete, cariño. Ahora sigues durmiendo. Me corro ya. Uf, estás sequísima. —Lo prefiero callado. Solo jadeante—. Estaba tan empalmado que antes de meterme en la ducha tenía que ponerle remedio a esto. —Aumenta el ritmo—. Tócate, si quieres.

Gracias, muy amable.

No, realmente no quiero. Ahora no. Así no.

Una más. Dos. Tres.

Y se corre.

Y yo me parto.

Me parto en más cachitos de los que seré capaz de reunir y juntar. No estoy bien. Y lo peor de todo es que, si alguien se detuviera a mirarme a los ojos de verdad, se daría cuenta de que no lo estoy. Porque, aunque me muerda la lengua (sí, eso es lo que hago yo de un tiempo a esta parte, él me llama loca y yo me callo), mi mirada triste, perdida y apagada me

delata. Me siento como un libro abierto que nadie quiere leer. Ese que siempre se queda en la estantería cogiendo polvo.

Me sube la ropa interior y me baja el camisón. Todo un detalle.

Habla, Mara. Chíllaselo. Escúpeselo. Sácatelo de dentro.

¿Para qué? Si lleva meses sin escucharme.

Meses.

También sin verme, porque me mira, pero Saúl ya no me ve.

Me encantaría decirle que para que mi participación en este acto fuera nula, como ha quedado demostrado, masturbarse en la ducha le hubiera proporcionado el mismo objetivo, aliviarlo. Aunque me callo. Una vez más.

—Humm... —ronronea en mi oído—. Así se empieza el día mucho mejor. Sigue durmiendo.

Por supuesto, como si este episodio me hubiera hecho liberar un millón de endorfinas y me hubiera quedado relajada y feliz. Y no húmeda, sino dolorida, y, para qué negarlo, un poco en *shock*. Seguro que, con la tristeza recorriendo todo mi sistema circulatorio, será muy fácil cerrar los ojos y dormirme, sin problema.

Su peso fuera del colchón y el ruido de la puerta del baño al cerrarse me ofrecen cierto alivio. No obstante, por mucho que quiera deshacerme de esta sensación de pena y malestar dándome una ducha interminable, me quedo hecha un ovillo en la cama, al menos hasta que mi marido se vista y se marche a trabajar. Ojalá que, dentro de un rato, el agua consiga que lo que acaba de pasar entre nuestros cuerpos no anide en mi pecho ni en mi cabeza.

Y no. No me siento así todos los días. Dentro de mi casa, dentro de mi matrimonio y dentro de mi vida, también hay días en los que no quiero meter la cabeza debajo de las sábanas y desaparecer como hoy, aunque sean los menos.

Soy optimista, supongo. Y siempre trato de encontrar el lado positivo a las cosas hasta en las peores circunstancias. Lo de hace un rato formará parte de la excepción o no. El problema es que, como me dice mi amiga Jimena, debería empezar a cambiar la positividad por la realidad, porque está claro que la primera me impide ver la segunda.

Treinta minutos de reloj. Treinta minutos de reloj es lo que va a tardar en ducharse, secarse y vestirse. Después, saldrá del baño con los zapatos en la mano, se inclinará sobre mí, me besará la cabeza y me informará de a qué hora nos veremos luego. Ese dato es el único que oscila, dependiendo del día de la semana que sea, de la estación del año y de la carga de trabajo que tenga. La que tenga él, no la mía, que, como suele ser habitual, importa bastante menos. Su colonia, la misma desde que lo conocí, se quedará impregnada en mi lado de la cama durante un minuto, más o menos. Y, en cuanto se pase el efecto, desaparecerá, igual que hará él para bajar a la cocina y prepararse el desayuno. Menos cuando yo ya estoy abajo; en ese caso, suele sentarse en la isla y esperar a que, en un acto de amor, se lo haga y se lo sirva yo. Todavía recuerdo cuando era él quien me lo preparaba a mí y me lo subía a la cama los fines de semana. En otra vida.

«No deberías seguir por ahí, Mara». Lo sé.

Cuando la melancolía se cuela en mi memoria, desajusta todo mi organismo. Debería hacer caso a mi siempre sabia amiga y empezar a vivir la realidad, en presente.

Hablando de Jimena, estiro el brazo y cojo mi móvil de la mesilla. Seguro que ya me habrá mandado el enlace de *Todavía no amanece*, su programa musical en Radio Tres. Toco la pantalla para desbloquearlo y ahí está, esperándome en el WhatsApp.

En el espacio que tiene en la emisora de lunes a jueves, mi amiga habla de música, de la buena, como dice ella, antes de que llegara el perreo. Comenta la agenda musical de grupos y

cantantes nacionales e internacionales, sobre todo *indies*. Hace entrevistas bastante divertidas. Les sigue la pista a nuevos talentos. Y también dedica algunos minutos a recordar a los artistas que ya no están entre nosotros. Adereza todo su contenido con los temas que han formado parte de la banda sonora de su vida desde que nació, que es muy parecida a la mía. Y en cuanto termina de grabarlo, porque lo emiten de madrugada, me envía el enlace. Así es como suelo tomarme mi primer café de la mañana, con el sonido dulce y aterciopelado de su voz, a pesar de que es una fumadora empedernida.

Jimena es mi vitamina, la que me proporciona la energía que necesito para sobrellevar el día. Y hoy, después de este despertar tan inclasificable, no va a ser una excepción.

Nota mental: no contarle nunca a Jimena lo que acaba de pasar en mi cama.

La puerta del baño se abre y Saúl se acerca a mí. Meto el móvil debajo de la almohada y cierro los ojos.

—Duérmete otro rato, anda —me susurra al oído—. Tú que puedes. Nos vemos a las nueve en el club. Creo que no me va a dar tiempo a llegar al partido de las niñas. —«Niñas» para nosotros. Ellas, con sus dieciséis recién cumplidos, aborrecen ese término—. Ni a venir a casa a cambiarme antes, así que vete en tu coche, ¿vale?

Asiento sin hablar. Y él me planta el beso en la coronilla. Para qué iba a mancharse la boca posándola en mis labios. No se da cuenta, pero, en un acto reflejo, me los toco, para no olvidarme de que siguen ahí, reaccionando a los estímulos, aunque estos solo los provoquen las yemas de mis dedos.

Tardo cinco minutos en levantarme y en meterme en el baño. Y más de veinte en ducharme. Sí, hoy no he sido nada responsable con el consumo de agua. Lo siento, medio ambiente. Necesitaba, de alguna manera, quitarme esta sensación tan desagradable con la que he empezado el día. Lamentablemente, el agua de mi ducha no tiene el poder de

purificarme por dentro. A pesar de que he salido bastante mejor de como he entrado, ha sido imposible deshacerme de este malestar que se ha instalado en mis tripas.

«Bórralo», Mara.

Cuando salgo, me seco con la toalla. En cuanto aparto la felpa de mi cara, me doy de bruces con mi reflejo en el espejo.

«Hola, Mara. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien?». Sinceramente, he tenido días mejores.

Resoplo y maldigo en silencio. Mi imagen deja pocas dudas. No me quiero figurar lo que reflejaría si existiera la posibilidad de mirarme por dentro. Aun así, no pienso lamerme las heridas de nuevo. Cabeza alta y a seguir.

Desde hace algún tiempo, practico un ritual sanador en busca del equilibrio entre mi cuerpo y mi mente; consiste en poner el foco en mí y cuidarme, sobre todo en días como el de hoy, cuando nadie lo hace. «Automimo» lo llamo. Me ayuda a pensar solo en mí, aunque sea un instante. Si me veo bien por fuera, me animo a mirarme bonito por dentro. Así que abro el armario del baño y despliego todos los potingues que tengo a mi alcance.

Nunca fui una esclava de mi cuerpo; tuve la suerte de tener tendencia a estar más o menos igual desde mi adolescencia. Sin embargo, después de un embarazo gemelar, y de malcomer y maldormir durante unos cuantos años, me di cuenta de que, si quería sentirme mejor, necesitaba empezar a cuidarme. No se puede considerar que fue con la crisis de los cuarenta, porque empecé antes. Y ahora, a mis cuarenta y cuatro, no pienso dejar de hacerlo.

Comienzo con la crema de cuerpo, que huele igual que la recién estrenada estación, que siempre me anima. La luz y la energía que nos regalan los días de verano hacen que el mundo durante estos meses se vea con mejor perspectiva. Sigo con la de la cara. El contorno de ojos es bueno, aunque no va a hacer milagros. Las arrugas de alrededor no me mo-

lestan tanto como el tono violáceo de debajo, que hoy está más oscuro que nunca.

Vale, será mejor que vuelva al positivismo.

Mi tez pálida y sin luminosidad tiene difícil arreglo; ni con un cóctel de los cosméticos más prestigiosos del planeta cambiaría de aspecto. Eso, muy positivo no es. Ya paro. Es indudable que me falta sol y aire. Rebusco en la última balda hasta que encuentro una crema que tiene un poco de color; no me entusiasma maquillarme, como mucho, máscara de pestañas y brillo en los labios; me gusta que quede lo más natural posible. Después de aplicármela, vuelvo a mirarme, esta vez inclinada sobre el lavabo, para verme más de cerca. ¿Ha mejorado? Un poco.

Me quito la humedad del pelo con la toalla y me lo peino con los dedos, revolviéndomelo desde la nuca. No lo tengo ni liso ni rizado, quizá por eso es más moldeable. Apenas hay canas para lo morena que soy, aunque ahora lo tengo algo más claro por las mechas cobrizas que me di el mes pasado. Espero seguir así y evitar esclavizarme con el tinte.

Solo me falta vestirme. Como es tan temprano, no me decido a escoger el modelo para hoy. Hace calor, algo atípico teniendo en cuenta que todavía no ha empezado julio. Así que me pongo la ropa interior y un vestido gris de algodón, que uso para estar en casa. Sigo descalza.

Antes de bajar a desayunar, me miro de nuevo en el espejo. Esta vez en el grande que está dentro del vestidor. Esto ya es otra cosa. Lo cierto es que no solo me gusta sentirme bien, sino que también me gusta verme bien. Y, en los días más grises, me parece todavía más importante.

Veo los restos del desayuno de Saúl en el fregadero. Y el mantel individual sobre la isla. Al menos le ha sacudido las migas. Meto la cápsula en la cafetera y dos rebanadas de pan de espelta en el tostador. Mientras espero a que salgan, me acerco a la nevera para ver con qué las acompaño.

Genial, la pizarra magnética, donde apunto lo que tengo que comprar, se ha convertido en una lista interminable de tareas para hoy; mis hijas debieron de escribirlas anoche. Como vivimos en un chalé pareado, en una urbanización a las afueras de la ciudad, desde que empezaron a salir y a tener vida social soy más su Cabify que su madre. Si tienes hijos adolescentes, te sonará mi película. Y, como nacieron con dos minutos de diferencia, no es que haya ido quemando etapas primero con una y luego con otra. Aquí, desde el primer día, todo ha sido simultáneo y multiplicado por dos.

«Elba. Peluquería a las 9.30. Uñas a las 10.30. Casa de Belén a las 11.30. Club a las 12.

»Carla. Fisioterapeuta a las 9.45. Peluquería a las 11. Uñas a las 12. Club nada más salir de las uñas, así que tienes que esperarme, Mara».

Mara.

Sí, Mara. Ni mamá ni mami ni ningún otro apelativo cariñoso. De verdad que las quiero muchísimo, sin embargo, ahora mismo, me agotan física y mentalmente, mucho más que cuando eran bebés.

Hoy se clausura la temporada de hockey. Primero jugarán un partido amistoso. Solo Elba, porque Carla acaba de salir de una lesión. Y después celebrarán una fiesta en el club; entrenadores, jugadoras y familias. Para ellas la despedida será doble y especial porque, en agosto, se irán a Florida a estudiar el próximo curso y dejarán el equipo hasta que regresen.

Abro la nevera en modo zen, porque mi momento de relax antes de la tormenta no me lo va a quitar nadie.

¿Dulce o salado? Normalmente tiendo hacia el salado, pero hoy voy a combinar los dos, necesito sustituir el sabor agrio con el que me he despertado.

«Bórralo, Mara».

Es más fácil decirlo que hacerlo. Aunque lo intentaré.

Presente. Vuelvo al presente.

Mi café. Me abalanzo sobre la taza, como si fuera a desaparecer, y coloco las tostadas en un plato. Decidido. Queso crema y mermelada de arándanos. Y también me voy a comer un plátano, porque es una de las frutas que más me gusta y entra dentro de la terapia del automimo.

Me siento en la isla con todo lo que he preparado y abro el enlace de Jimena antes de empezar a desayunar. Lo que me suele gustar más es la canción con la que abre el programa; siempre evoca un momento divertido o bochornoso de su vida que cuenta en antena, y en el que a veces también estoy implicada. Nuestros años universitarios en Salamanca dan para rellenar cientos de horas de radio.

«Buenas noches, trasnochadores... ¿Qué tal va vuestra noche? ¿Está siendo salvaje? ¿O todavía no? Confesadlo, estáis deseando que lo sea».

Wild Night, de Martha Reeves, tema incluido en la banda sonora de la película *Thelma y Louise*, de Ridley Scott, suena de fondo.

No puede ser, Jimena. ¿Justo hoy? Esto tiene que ser una señal.

Paro la reproducción y le mando un wasap, en caliente.

Mara

Preparada.